



BIBLIOTECA PUBLICA



EL NAUFRAGIO

Chamfrosay 25 Mayo 1871.

Ahí tenéis el jardín delicioso,
perfumado de mirto y de rosas ..

... ¡Ay! Este año el jardín está, con efecto, lleno de rosas, pero la casa está llena de prusianos. He llevado mi mesa á lo último del jardín y allí escribo á la sombra y bajo el perfume de una magnífica retama donde zumban las abejas, la

cual me impide ver los calcetines de Pomerania tendidos y secándose en mis pobres ventanas.

Había jurado no volver aquí hasta que ellos se hubiesen marchado; pero era preciso huir de la terrible quinta de Cluseret, y no tenía otro sitio donde refugiarme. De esta manera yo, lo mismo que otros muchos parisienses, habré sufrido hasta las últimas desdichas de estos tristísimos tiempos; angustias del sitio, guerra civil, emigración, y para colmo de desdichas, la ocupación del extranjero. Por más filósofo que se sea; por más que se quiera uno echar las cosas á la espalda, experimentase una impresión singular cuando—después de seis horas de marcha por estas magníficas carreteras en Francia, llenas del polvo levantado por los batallones prusianos—llega uno á su casa y se encuentra colgado de los árboles un cartel alemán escrito con letras góticas, que dice:

5.^a compañía
Boehm,
sargento mayor
y tres soldados.

Este Sr. Boehm es un muchacho alto, silencioso y extraño, que tiene siempre cerrada la ventana de su cuarto y se acuesta y come á oscuras. Tiene además aire demasiado francote, el cigarro siempre entre los dientes y... unas exigencias. Su señoría necesita una habitación para sí, otra para su secretario, otra para su asistente. Prohibición de salir por tal puerta y de entrar por tal otra.

¿Si querrá prohibirnos que salgamos al jardín?... Al fin ha venido el alcalde, ha intervenido el *hauptmann*, y al fin estamos en nuestra casa. Este año no está esto alegre. Por más que se quiera, la vecindad de esos hombres estorba y ofende. La paja que echan alrededor de uno, en su cara, se mezcla á lo que uno come, estropea los árboles, empolva la página del libro que uno lee, se le mete á uno en los ojos y le hace llorar.

El mismo niño, sin darse de ello cuenta, se encuentra influido por esta extraña opresión. Juega, sin hacer ruido, en un rincón del jardín, contiene su risa, canta á media voz, y por la mañana, en vez de aquella manera de despertar ale-

gre, ruidosa y llena de vida, se está quieto, con los ojos muy abiertos, y pregunta de cuando en cuando:

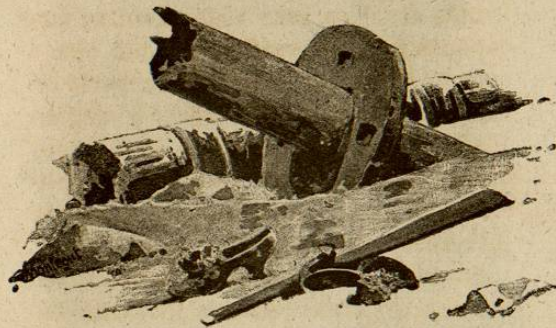
—¿Puedo ya despertar?

¡Y ojalá no tuviésemos más que las tristezas de la ocupación que nos echan á perder la primavera! Lo más duro, lo más cruel es este rodar continuo de cañones y de ametralladoras que oímos cuando el viento viene de la parte de París, sacudiendo el horizonte y rasgando sin piedad las mañanas de borrosa bruma, trastornando estas noches deliciosas de Mayo, tan claras: estas noches de ruiseñores y de grillos...

Anoche, principalmente, fué terrible. Las descargas de cañón se sucedían furiosas, desesperadas, con un perpetuo relampaguear. Había abierto la ventana de mi cuarto que mira al Sena, y escuchaba, con el corazón metido en un puño, esos ruidos sordos que llegaban hasta mí pasando por el río desierto y silencioso.

Algunas veces me parecía que había allá lejos un buque en peligro que disparaba cañonazos de alarma con furia, y recordaba que hace diez años, en una

noche semejante, me hallaba en la terraza de una posada de Bastia escuchando un fúnebre cañoneo que nos traía la marea como grito perdido de agonía y de cólera. Aquello duró toda la noche. Luego, por la mañana, encontraron en la playa, mezclados con mástiles rotos, de



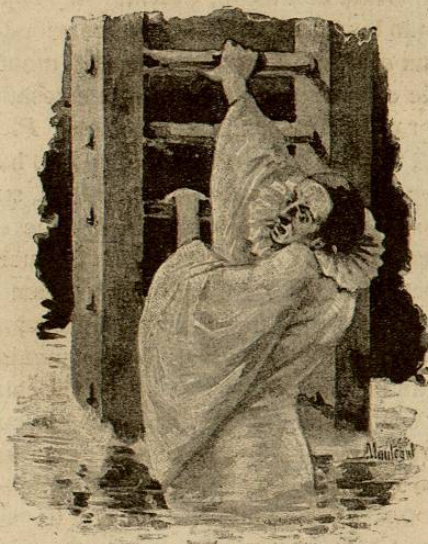
velas, unos zapatos con lazos claros, una blusa de arlequín y un montón de trapos con lentejuelas doradas, llenos de cintas y chorreando agua del mar, y manchados de sangre y de inmundicia. Supe después que eran los restos del naufragio del *Luisa*, magnífico vapor que iba de Liorna á Bastia, y que llevaba á bordo una gran compañía de saltimbanquis ita-

lianos. Para quien sabe lo que es luchar de noche con el mar, la lucha á tientas y estéril contra fuerza irresistible; para quien



se representa los últimos momentos de un buque, el agua que sube, la muerte lenta y sin gloria, la muerte mojada; para quien conoce las rabias, las locas espe-

ranzas, seguidas de un abatimiento brutal, la terrible agonía, el delirio, las manos de ciegos que se agitan en el aire, los dedos crispados que se agarran á lo



que no puede cogerse... aquella blusa de arlequín en medio de aquellos restos ensangrentados, tenía algo de burlesco y de aterrador.

Se representaba la tempestad cayendo

en forma de rayo durante una representación á bordo, la sala del teatro invadida por el agua, la orquesta anegada, atriles, violines y contrabajos rodando en terrible confusión; *Colombina* retorciendo los desnudos brazos, corriendo de un extremo á otro de la escena, muerta de espanto y sin perder el sonrosado color que le prestaba el colorete; *Pierrot*, á quien el miedo no ha podido hacer palidecer más de lo que estaba, subido á un banco mirando cómo sube el agua y con el vértigo horrible de la muerte retratado ya en aquellos ojos desmesuradamente pintados para la escena; *Isabel*, metida en su traje de ceremonia, llorando y adornada con flores, ridícula por su mismo gracejo, rodando por cubierta como si fuese un fardo, agarrándose á los bancos, balbuceando oraciones infantiles. *Escaramuza*, con un barrilillo de aguardiente entre las piernas, riendo estúpidamente y cantando con toda la fuerza de sus pulmones, mientras *Arlequin*, acometido de súbita locura, sigue haciendo gravemente su papel y se pavonea y mientras el viejo *Casandro*,

arrastrado por un golpe de mar, desaparece entre dos olas con su casaca de terciopelo color marrón y su desdentada boca abierta...

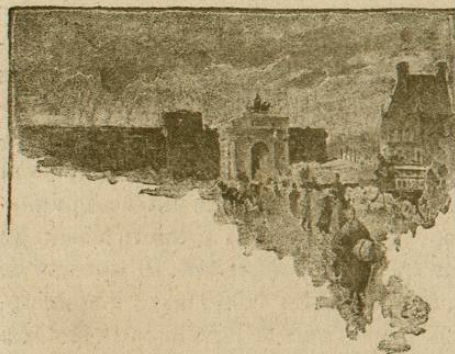
Pues bien; ese naufragio de saltimbanquis, mascarada fúnebre, representación *in extremis*; todas esas convulsiones, to-



das aquellas muecas han pasado ayer por delante de mis ojos á cada nuevo cañonazo. Comprendía yo que la *Commune*, á punto de sucumbir, disparaba su cañonazo de alarma. Veía subir las olas por momentos, ensanchándose la brecha, y entretanto los hombres del *Hotel de Ville*, agarrados á sus pupitres, decreta que decreta, á pesar del estruendo del viento y de la tempestad; luego la última

acometida del mar y el buque hundiéndose con sus banderas rojas, sus bandas doradas, sus delegados con togas de pieles, con uniforme de Generales, sus batallones de amazonas con polainas y plumeros, sus soldados de Circo adornados con kepis españoles y sombreros garibaldinos, sus lanceros vestidos á lo polaco, sus *turcos* de fantasía, borrachos, furiosos, cantando y dando vueltas. Todo eso desaparecía en horrible mezcolanza, arrastrado por la corriente; y de tanto ruido, de tantas locuras, de tantos crímenes, de tantos pasquines y hasta de tantos heroísmos, no quedaba más que una banda roja, un kepi con ocho galones, una guerrera con alamares, encontrados una mañana en la orilla, manchados

de inmundicia y de sangre.



HISTORIA DE MIS LIBROS

LOS REYES EN EL DESTIERRO

He ahí ciertamente aquel de todos mis libros que más trabajo me ha costado poner de pie; el que más tiempo he llevado metido en la cabeza en estado de título y de oscuro boceto, tal como se me apareció una tarde de Octubre en la plaza del Carrousel, mirando al trágico desgarrón que había hecho en el cielo de París el hundimiento de las Tullerías.